



La manera como se insertan los diferentes países a la llamada globalización es bastante distinta. Ante el foso que separa las economías desarrolladas y las de los demás países, algunos de éstos han optado por impulsar un desarrollo científico y tecnológico propio para no verse sometidos totalmente a los primeros. Tal ha sido el caso de Brasil, que desde hace tiempo fomenta de manera sostenida la educación superior, los posgrados, y el desarrollo científico y tecnológico en sectores importantes de su economía. El resultado es que, cuando antes los brasileños venían a México a formarse, por ejemplo, en tecnología petrolera, hoy día vienen a proponer la exploración y explotación de los yacimientos con tecnología propia

Por el contrario, en México los gobiernos de las últimas décadas han optado por una vía dependiente, comprando tecnología como un insumo más, poniendo en manos de empresas multinacionales los recursos del país —las minas, las costas, el maíz nativo—, reduciendo una y otra vez el presupuesto para educación e investigación. Resultado de esto es el desmantelamiento de buena parte de la infraestructura de investigación, la creciente dependencia tecnológica y la falta de apoyo para la creatividad en estos rubros, lo cual ha traído como consecuencia una disminución a nivel nacional de la matrícula de estudiantes de ciencias en la última década, como lo muestra un reciente estudio elaborado por un investigador de la UAM.

Si bien no se puede afirmar que el impulso a las ciencias redunde siempre en beneficios materiales, es innega-

ble que sin éstas no se puede pretender un desarrollo propio e independiente. La falta de propuestas locales para orientar el rumbo del país, el silenciamiento o inhibición de las existentes por someterse a designios exteriores, sólo llevan a un total deterioro de nuestro patrimonio por el saqueo y la obtención de beneficios de las grandes corporaciones, así como a condiciones de vida poco dignas para la población en general.

En este contexto poco favorable, los 70 años de existencia de la Facultad de Ciencias de la UNAM constituyen un acontecimiento, ya que a pesar de la escasa atención que en el país recibe la ciencia, en sus aulas se han formado innumerables generaciones de científicos, es el manantial que alimenta a gran parte de los institutos de investigación, un nodo fundamental en la red nacional de educación e investigación, y sobre todo, un sitio de gran libertad para el pensamiento, pleno de creatividad y energía, de espíritu crítico y rebelde.

El Prometeo que orna la fuente de la Facultad, símbolo de este espíritu, es tal vez la mejor analogía de esta situación; como si la falta de apoyo a la ciencia fuera el castigo impuesto desde arriba al espíritu crítico y libre, una medida para mantenerlo atado y sometido a los designios de poderes que lo desdeñan y exigen resultados de utilidad inmediata y privada y no para beneficio de las mayorías. No nos queda más que, cual moderno Prometeo, resistir con dignidad y creatividad extrema, manteniendo viva la llama de la libertad. 🏹